



UN RECUERDO DE GRATITUD Y

LOS SERVICIOS



1810



2010



HOMENAJE A LOS



ACTA DE LA REVOLUCION DEL 20 DE JULIO DE 1810

# Florentino Vezga La Expedición Botánica



QUE PRESTABAN



El Cultivo



Por: Nicolás Hernández C.



INDIPENDENCIA

DE LA NUEVA GRANADA Y A LOS

Biblioteca Colombiana Antioqueña  
Bicentenario de la Independencia

Florentino Vezga (1833-1890) fue el secretario de la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, institución que, durante algún tiempo, se dedicó a estudiar y a recoger información sobre la flora y fauna de la geografía nacional. Los jóvenes pertenecientes a esta sociedad, animados por el espíritu de la Expedición Botánica, continuaron la labor iniciada en el siglo XVIII por Mutis y sus colegas. Por ese motivo, Vezga escribe esta obra en la que da cuenta de la historia de la empresa científica de Mutis y su labor alentada por el propósito de: «descubrir el virreinato bajo todos sus aspectos físicos y sociales y difundir buenas ideas en la masa del pueblo». En este título, Vezga relata la historia de la Expedición desde sus inicios, con la concesión de la cédula real y la organización del grupo de trabajo, hasta el fallecimiento de Mutis y posterior disolución de la empresa. El autor analiza el impacto de la Expedición en el estudio la botánica dentro de los territorios americanos y, paralelamente, expone las circunstancias que afectaron el funcionamiento de la misma: el carácter de los integrantes de la Expedición y sus formas de relación dentro y fuera de la academia; la política y la influencia de las luchas independentistas en el retraso de las labores investigativas, y finalmente, el legado de los principales académicos -como Caldas y el propio Mutis- tanto en el campo de la ciencia como en periodismo y otras áreas del conocimiento.

## Índice de contenido

Cubierta

La expedición botánica

Presentación

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulos dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho

Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta

Capítulo cuarenta y uno

Capítulo cuarenta y dos

Capítulo cuarenta y tres

Capítulo cuarenta y cuatro

Capítulo cuarenta y cinco

Capítulo cuarenta y seis

Capítulo cuarenta y siete

Capítulo cuarenta y ocho

Sobre el autor

# Presentación

La historia nuestra no está allá, en el pasado, está aquí, en los sueños en vigilia del presente. Somos un diálogo permanente de la memoria viva con los hechos de la historia que la hicieron posible.

El Bicentenario de la Independencia: 200 años de habernos liberado del yugo de la madre patria, España, inaugurados con el alegórico encontronazo del realista Llorente con el ciudadano Antonio Morales, el 20 de Julio de 1810, en la plaza Mayor, hoy plaza de Bolívar de Bogotá, en el actual Museo del Florero.

Hay algo asombroso y por ello, no menos maravilloso: La Independencia de Colombia de la Corona Española no la propició la guerra, sino la ciencia, la imaginación poética y el conocimiento universal, generados por la idea revolucionaria de Nicolás Copérnico de que la tierra giraba alrededor del sol y la mecánica de Newton, que implantaría el sabio de Cádiz, José Celestino Mutis, quien vino a Colombia, el Nuevo Reino de Granada, por aquel entonces, como médico del virrey Mezzía de la Zerda, quien generó desde Mariquita, (Tolima) y luego desde Santafé, uno de los más geniales hechos de cómo los subyugados por España, le aportaríamos el más sublime conocimiento de

las ciencias naturales al mundo, hecho reconocido por el propio maestro de la Universidad de Upsala, en Suecia, el gran naturalista Carlos Linneo: La Expedición Botánica. Somos hijos de la ciencia, más no de la guerra.

Sabio ejemplo de la historia: Los brillantes alumnos del sabio Mutis en los claustros del Colegio del Rosario, de Bogotá, fueron los sacrificados de una guerra, con la dignidad de salvar a su país del yugo extranjero. Pelearon con la inteligencia y casi nunca con las armas y por las armas fueron reducidos sus talentos. El pacificador Pablo Morillo, hijo de campesinos criadores de cabras en un pueblito de España, era un valiente guerrero y un astuto político, toreado en muchas plazas. Negar los méritos del adversario, es disminuir la gloria del vencedor. Unos y otros, los que se salvaron del patíbulo y los fusilados, son los forjadores de nuestra nacionalidad.

Francisco Antonio Zea, el antioqueño grande en las ciencias naturales y en su concepto de nación, el padre Andrés Rosillo, Francisco José de Caldas, el sabio que hizo genuinos lecturas de nuestra geografía y de los inconmensurables mapas del cielo, sacrificado por el Pacificador Pablo Morillo, Joaquín Camacho, su socio en el diario registro de los 30 primeros días de la revolución y víctimas de la misma causa, Camilo Torres, el ideólogo, también fusilado, Francisco Miranda, el gran divulgador de la independencia en Europa, Antonio Nariño, el grande y noble guerrero, traductor de Los Derechos del hombre, Jorge Tadeo Lozano, el estudioso de la fauna, Custodio García Rovira, El estudiante, Policarpa Salavarrieta, la heroína de Guaduas, fusilada al igual que su amado Alejandro Sabaraín, Miguel Pombo, Pedro Fermín de Vargas, el maestro de la economía política, José Acevedo y Gómez, el tribuno del pueblo, José Antonio Carbonell, en fin, una pléyade de ilustres precursores y protagonistas de la libertad, y tantos otros héroes anónimos, cuya lista es larga. Influidos todos ellos por la Revolución Francesa, con su sacrificio nos die-



ron la condición universal de ciudadanos. Bolívar, el Libertador y Francisco de Paula Santander, el hombre de las leyes e intrépido combatiente, José Antonio Páez, el aguerrido llanero presidente de Venezuela, Soublette, Anzoátegui, Antonio José de Sucre (el mariscal de Ayacucho), José María Córdoba, Antonio Ricaurte, Luciano D'Luyar y tantos otros, quienes nos llevarán a la emancipación definitiva con el triunfo que desde Angostura, en el Orinoco, la batalla de Pienta, el paso por el páramo de Pisba, la batalla del Pantano de Vargas y la batalla de Boyacá, le pusieron fin a la ignominia, para el ingreso triunfante del ejército Libertador a Bogotá.

El Libertador Simón Bolívar con su ejército se dirige al sur: libera el Ecuador, Perú y Bolivia. El genio de Bolívar lo hace grande entre los grandes conductores de la humanidad. Merece especial mención la figura de Codazzi, el corsario de las aguas del mar Caribe, el infatigable andariego en busca de Bolívar y el gran geógrafo de Venezuela y organizador de la Comisión Corográfica, expedición científica durante nueve años por todo el territorio colombiano.

¡Qué bueno que cada uno de nosotros descifre el mensaje de ésta magna celebración!

Esa es la filosofía que inspira la Biblioteca ilustrada del Bicentenario, como un aporte a los doscientos años de la independencia nacional, que no se celebran todos los días.

Carlos Nicolás Hernández Camacho  
Editor

# Capítulo uno



*Virrey Pedro Messía de la Zerda.*

**D**espués de afanarme en buscar las borradas huellas de los botánicos indígenas, sin poder encontrar más que uno que otro rastro de su innegable saber, entro con placer en un campo más vasto y fecundo, a la manera que el herborizador entusiasta colocado sobre la cima de una altura estéril coronada solamente por algunos pálidos matices de verdor, abandona regocijado la eminencia al divisar al pie de ella una explanada frondosa, florida y llena de lozanía.

Bello es el camino que nos resta recorrer. El gobierno español hizo mucho por las ciencias naturales en los últimos años de su mando, tanto en sus posesiones del lado de allá como del lado de acá del mar, si bien es incuestionable que con esto no hacía más que obedecer al espíritu del tiempo, pues jamás se ha cultivado la botánica en Europa con más pasión que a fines del siglo XVIII. «Flores y plantas, dice César

Cantú, que se crían bajo paralelos muy lejanos, y con especialidad en la Australia, enriquecían nuestras selvas y nuestros jardines; y la llegada de un nuevo arbusto o de una flor se festejaba tanto como en otra época la de los galeones cargados de oro mejicano».

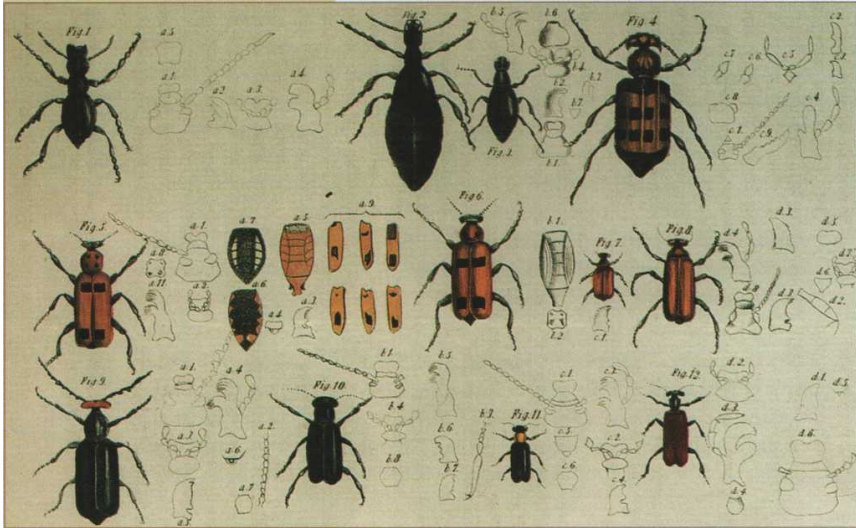
Frutos de esa pasión por las plantas fueron las Expediciones Botánicas creadas por la corte de Madrid en el Perú, Méjico, Nueva Granada y Filipinas; establecimientos que aunque tenían por objeto general el estudio de todos los ramos de la naturaleza física, debían contraerse en particular a la colección, dibujo, taxonomía, usos, fitoni-  
 mia y fitografía, de la vegetación de sus respectivos territorios. La de la Nueva Granada, cuya historia me propongo referir, trabajó con magnífico éxito hasta el año de 1810, en que



*Passiflora Mollissima.*

ocurrieron los acontecimientos que nos separaron de la tutela del gobierno español. Las tempestades que desató la magna revolución de la independencia, no sólo suspendieron sus operaciones, sino que incluyeron en la universal devastación del país casi todos los frutos de la dilatada labor emprendida hasta aquel entonces con el fin de formar la historia natural de esta región; mas, a pesar de los desastres que destruyeron muchos trabajos, de las peripecias que hicieron malograr otros y de las violencias que nos privaron del conocimiento de muchos hechos preciosos y de muchas ideas útiles sepultadas en germen con los cerebros de los más ilustres mártires de la independencia, el corazón se enorgullece al narrar las glorias de la ciencia en nuestra patria y el espíritu goza de una alegría semejante a la del que, condenado a contemplar

largo tiempo las sombras de la oscuridad, percibe al fin con libertad las delicias de la luz.



*La Naturaleza 1 – Meloideos.*  
José María Velasco. México.

## Capítulo dos

a historia imparcial tendrá que decir siempre, en honra del gobierno español y del buen carácter de los granadinos, que el tiempo transcurrido desde el segundo tercio del siglo pasado (siglo XVIII), hasta el día de nuestra emancipación política, forma una época gloriosa para el estudio de las ciencias útiles en nuestro país. En honra del gobierno español, por-



*José Celestino Mutis, director de la Expedición Botánica.*

**L** que fue en este lapso de tiempo que permitió los estudios serios y prácticos, y auxilió con mano fuerte las empresas científicas; cuando antes, al contrario, había puesto todos sus conatos en mantener al pueblo sumido en la más ciega ignorancia, oprimido y embaucado por las más groseras preocupaciones. En honra de los granadinos, porque no obstante el desprecio que por ellos manifestaba el gobierno colonial, no obstante la tenebrosa y letal influencia de la inquisición, eterna vergüenza de la historia de España; no obstante las prohibiciones comerciales e in-

dustriales y todas las trabas y dificultades que la férrea tiranía había establecido para embarazar el vuelo de la inteligencia americana, la Colonia pobre, subyugada, duramente esclavizada, brotó, tan pronto como las cadenas de la servidumbre se destemplaron un poco, hombres admirables que asombraron al mundo con sus luces y sus virtudes relevantes.

Un virrey que ya he tenido ocasión de mencionar, el señor Messía de la Zerda, hombre de integridad y de consagración al trabajo, nombrado por Carlos III y posesionado del mando el 24 de febrero de 1761, fue el que al mismo tiempo que marcó el principio de esta época feliz para las ciencias naturales, echó también los fundamentos de nuestra independencia nacional. Antes que las grandes revoluciones aparezcan en forma de pronunciamientos y de batallas, existen en la cabeza de los hombres de genio, en forma de ideas, así como en un imperceptible grano de polen se contienen en forma de rudimentos todos los materiales orgánicos de un árbol corpulento. Además, Dios ha establecido en sus obras un enca-



*El camino de Honda hacia Bogotá.*

*Grabado de Riou América Pintoresca.*

*Montaner y Simón. Barcelona, 1884*



*Panorámica de Bogotá. Grabado de Riou.*

*Papel Periódico Ilustrado.*

d  
e  
n  
a  
m  
i  
e  
n  
t  
o  
d

usas y efectos tan inflexible, tan riguroso, que nada pueden contra él todas las fuerzas del hombre. Muchas veces se ponen los medios que se creen buenos para llegar a un fin determinado, y resulta que se va a parar al fin opuesto, tal vez al término de que queríamos alejarnos más y más. Por otra parte, una idea, una verdad envuelve en sí misma una fuerza de germinación infinitamente más poderosa que la voluntad humana; por eso no es raro que las revoluciones sean obra de hombres que no han pensado en ello, como no lo es que traspasen el límite que sus caudillos han querido asignarles de antemano. El señor Messía de la Zerda trajo de España, en compañía suya, un hombre de inteligencia y de corazón, cuya grande alma reboaba de ciencia y

e  
c  
a



*Hombre principal de Cartagena de Indias.*

*Joseph de Laporte.*

*Grabado publicado en El viajero universal.*

*Madrid, 1795-1881.*

de amor a la América. Así fue que el virrey, tal vez sin apercibirse de las consecuencias que habría de producir la permanencia de un sabio en medio de un pueblo ignorante, aislado, despotizado, pero poseído de energía y de fuerza intelectual latente, puso con eso sólo la base de regeneración moral y social de la Nueva Granada. Ese gran sabio era el doctor José Celestino Mutis.

## Capítulo tres

acido en la ciudad de Cádiz el 6 de octubre de 1732, hizo allí sus estudios de gramática latina, matemáticas, filosofía y parte de teología. Una inclinación precoz a la soledad y a los libros había inaugurado ya los rápidos progresos que hizo en estos ramos, concluidos los cuales vistió la beca del real Colegio de San Fernando de aquella misma ciudad, con el fin de estudiar anatomía, cirugía y medicina práctica; habiendo pasado después a la ciudad de Sevilla a completar sus conocimientos y recibir los grados correspondientes.

Trasladado a Madrid en 1757, regentó allí la clase de anatomía en calidad de profesor suplente. Tres años permaneció en la capital de España, mostrando siempre más gusto por las excursiones botánicas que por la visita de los hospitales; y fue entonces cuando tuvo la fortuna de hacerse conocer del célebre naturalista de Upsala, quien deseaba poseer en sus herbarios plantas de la Península.